

UNA CASA PARA EL VIAJERO. DEL ORIGEN DEL HOTEL AL CASO GALLEGO¹

Data recepción: 2014/01/26

Data aceptación: 2015/07/17

Contacto autor: juandavid.diaz@usc.es

Juan David Díaz López

Universidade de Santiago de Compostela

RESUMEN

Este trabajo explora el origen de la arquitectura del hotel de viajeros a la luz del concepto de casa y, por extensión, de la arquitectura residencial y privada, convocando diversas tipologías de vivienda unifamiliar y, especialmente, el edificio de viviendas que prolifera con la ciudad burguesa del XIX. Se plantea a modo de introducción de un caso particular, el gallego, en el que los primeros hoteles aparecen en el último cuarto de aquel siglo sin otra referencia que la imagen y funciones del caserío preexistente.

Palabras clave: hotel, vivienda, arquitectura, viajeros, Galicia

ABSTRACT

This paper explores the origin of the architecture of travellers' inns in relation to the concept of "home" and, by extension, residential and private buildings. These include different types of single-family homes and, in particular, the apartment buildings that are such a feature of the bourgeois cities of the 19th century. The paper is intended as an introduction to a specific case, that of Galicia, where the first hotels appeared in the last quarter of the century with no other reference point than the image and functions of existing homesteads.

Keywords: hotel, housing, architecture, travellers, Galicia

Cualquier definición que demos de la principal acepción que hoy tiene la palabra *hotel* pasa por señalar su condición de hospedaje por excelencia, donde *hospedaje* alude a la función de alojamiento temporal abierto al público², mientras que *por excelencia* señala no solo la calidad superior del servicio sino también su carácter emblemático, antonomástico y de mayor reconocimiento entre los de su clase³. Por ello, es comprensible que, cuando Rutes, Penner y Adams componen un árbol genealógico de las variedades de hotel que hoy existen, tracen sus precedentes a través de los antiguos caravansares orientales, las mansiones romanas, las posadas monásticas, los hospicios, las fondas europeas y particularmente las inglesas, así como las casas de posta y *coach inns*, variedades todas vinculadas al servicio de hospedaje y por tanto dentro de la industria que hoy llamamos hostelería. Por su parte, la contribución residencial –el aloja-

miento particular– aparece limitada a la definición de modelos hoteleros mixtos, como el tipo "castillo", "súper lujo", "condominio", "bed & breakfast" y otras fórmulas ligadas a la vivienda vacacional, omitiéndose al clasificar ciertos establecimientos de estancia permanente e incluso los inmuebles reutilizados⁴.

Aunque pueda haber inconsistencias en el esquema ofrecido, como de hecho reconocen los autores por recurrir a categorías abstractas no siempre excluyentes entre sí⁵, se ponen de manifiesto no solo la actual diversidad y complejidad en los establecimientos, sino también el protagonismo que se da a la hostelería antigua como precursora del moderno hotel. Un protagonismo que confirman los principales acercamientos a su historia, como el de Pevsner, que tras marcar distancias entre el hotel y la *inn* –generalmente puede traducirse como "fonda"–, inicia su repaso remontándose a varias de las segundas⁶;

o como Denby, que entre los caravasares y las *inns* reserva un apartado para las peregrinaciones medievales, donde el compostelano Hospital de los Reyes Católicos, convertido desde 1954 en hotel, se señala como un señero precedente de esta tipología⁷.

Es precisamente un planteamiento tipológico el que fundamenta el estudio del hotel como entidad arquitectónica diferenciada, y ello es especialmente patente cuando se acomete la tarea de trazar algo parecido a una genealogía de edificios. En este punto cobra sentido señalar, junto a los indudables antecedentes hospederos, el papel jugado por la *arquitectura de vivienda* o *residencial* en la gestación y definición de las características específicas del hotel, sin perder de vista que las etiquetas tipológicas con que englobamos muy diversas aportaciones no son sino categorías creadas como una herramienta de conocimiento, y no como un fin en sí mismo⁸. No se pretende pues contradecir la esencial naturaleza hospitalaria de la hotelería, sino más bien de introducir una perspectiva complementaria que se apoya en muchos y variados ejemplos. En nuestro caso, nos interesa en primer lugar como realidad que precede –y por tanto condiciona– la aparición de los primeros hoteles en Galicia a finales del siglo XIX, y en segundo lugar porque vemos instalarse el grueso de estos establecimientos –sin excluir a los mejores– en edificios de viviendas⁹.

Del *hostel* al *hotel*: los términos y sus implicaciones

Al describir las relaciones de parentesco entre hotel y vivienda, debemos hacer una primera escala en la cuestión del origen de aquel término. *Hotel*, como es conocido, procede del francés *hôtel*, que antes de adoptar el acento circunflejo aparece escrito como *hostel*¹⁰. Denby señala que el uso del término en inglés con el significado de “an inn, especially one of a superior kind” data de 1765, para lo que se apoya en la misma fuente que suministra a Pevsner varios ejemplos de uso de la misma época¹¹. Pero no es el significado en inglés el que interesa señalar ahora, sino el original del francés, pues en él estriba la conexión con la arquitectura residencial que ahora exploramos. Según vemos desde las pri-

meras ediciones del diccionario de la Academia Francesa, *hôtel* hace referencia principalmente a una mansión o casa grande de una persona importante, mientras que solo secundariamente significa una gran “*maison garnie*” –una casa amueblada que se alquila total o parcialmente¹². Para esta acepción, que es la que más se aproxima a la idea de hospedaje, se emplea en ocasiones la forma compuesta “*hotel garni*”, que Johanna Schopenhauer aplica en 1787 a la ciudad balnearia de Bath (Inglaterra)¹³ y que, por la misma época, aparece traducida al castellano como “*casa grande de posada, donde se reciben los forasteros y extranjeros de qualquier calidad que sean, Príncipes y otros, para aloxarlos y darles de comer, si quieren*”¹⁴.

El punto de contacto entre la concepción del hotel como alojamiento particular y privado de un aristócrata y su familia, por una parte, y como establecimiento público para el alojamiento temporal de personas de diferente extracción social, por la otra, se encuentra perfectamente retratado en el París del Consulado (1799-1804) y del Primer Imperio (1804-1815). Si bien el alquiler de casas en ausencia de sus señores es una fórmula que se registra con anterioridad, es la Revolución Francesa (1789-1799) la que da un decisivo impulso al *hôtel garni* al apropiarse por diferentes medios de los hoteles privados que habían proliferado en los barrios oeste y norte de París en las décadas anteriores y transformarlos temporalmente en “*maisons garnies*” para proveer de ingresos a la nación o a un particular. En el contexto de persecución de los anteriores ocupantes de estas residencias, la misma palabra *hôtel* es proscrita por sus connotaciones aristocráticas, y no reaparece en el *Almanach du commerce de Paris* hasta 1802, donde designa “los establecimientos destinados a los viajeros”. Así, en ese mismo año se documentan entre los más “elegantes, grandes y conocidos” el Hôtel de Courlande, el Hôtel de la Grange-Batelière, el Hôtel de l’Empire, el Hôtel Mirabeau y el Hôtel du Prince de Galles (Fig. 1), a los que se suma el Hôtel de Richelieu en 1804. Se trata de establecimientos lujosos y caros, frecuentados por un público de clase alta, y cuya conversión de *hôtel privé* en *hôtel garni* no altera realmente la naturaleza del edificio: se produce prácticamente “tal cual”, sin obras específicas, sencillamente



Fig. 1. Hôtel de Beauvau, que opera como *hôtel garni* a principios del siglo XIX bajo el nombre de Prince de Galles y actualmente sede del Ministerio del Interior francés. Dibujo de J. B. Lallemand. Biblioteca Nacional de Francia.

movida por una nueva urgencia de rentabilizar el espacio privado, asumido por el huésped como sustancialmente idéntico al suyo¹⁵. No obstante, existe ya la percepción de una nueva realidad hotelera, descrita así en 1820:

*Les anciens hôtels, remarquables par leur magnificence, ne sont plus occupés par une seule famille noble comme autrefois. On y loue des appartements garnis, on en fait des boutiques, on cherche tous les moyens d'en tirer le plus d'argent possible. Le bel hôtel du vieux maréchal de Richelieu est maintenant un hôtel garni et le célèbre pavillon d'Hanovre est converti en boutiques*¹⁶

En cuanto al traslado del término a la lengua inglesa, Sandoval-Strausz apunta la posibilidad de que la colonia francesa en Londres influyese en el hecho de que “las primeras estructuras a las cuales la palabra fue aplicada en inglés fueron las casas porticadas del distrito de Covent Garden”¹⁷. Levantadas en la década de 1630, las elegantes *terraces* de la plaza a la italiana que proyecta Inigo Jones se destinan originalmente a residencia de aristócratas locales, entre los que se cuentan los miembros de la Cámara de los Lores. Una vez que decae su atractivo entre la alta sociedad, entre 1730 y 1760 estas casas se abandonan como viviendas particulares y pasan a ser adaptadas para nuevos propósitos, acordes con el carácter bohemio y lúdico que se había ido desarrollando al calor de la actividad teatral del barrio: se trata de *coffee houses*, *taverns* y hoteles que se nutren del carácter cosmopolita

del vecindario, donde cabe contar la inmigración francesa¹⁸. Sea o no decisiva esta influencia en la adopción del término, el hecho es que en Covent Garden “un hotel residencial de buena clase fue abierto en la vieja casa de Lord Archer en 1774, y durante los siguientes cien años o más Covent Garden gozó de una ahora olvidada popularidad como barrio hotelero”¹⁹.

Nos interesa señalar aquí que la implantación del nuevo concepto de hospitalidad y de la terminología que la representa acompaña a una redefinición de la forma de residir en la urbe, que dota a la vivienda –incluida la de clase alta– de un carácter transitorio que contrasta con su tradicional visión como patrimonio familiar a conservar. Este fenómeno, que se hará del todo patente en la ciudad burguesa del XIX, encuentra sus primicias en estos diseños monumentales de manzanas enteras donde, si bien la morada sigue manteniendo su carácter individual y privado, el trasiego de ocupantes a menudo no permite establecer una vinculación estable con un determinado apellido. Para el caso de Covent Garden, es ilustrativa la historia que Jacobs ofrece de la casa “de Lord Archer” antes citada, en el ángulo oeste de la plaza –43 de King Street–: desde 1636 y hasta 1774 en que David Low establece un hotel familiar que pasa por ser “el primero de su clase en Londres”, se contabilizan al menos 8 “inquilinos” –*tenants*–, de los cuales el más famoso quizá sea Edward Russell, Conde de Orford, como recuerda actualmente una placa en la fachada²⁰ (Fig. 2).



Fig. 2. Vista de Covent Garden, Londres. El 43 de King Street (ant. 42) es el edificio coronado por una peineta en la esquina superior izquierda de la plaza. Grabado de Sutton Nicholls, c. 1720. Biblioteca del Congreso de EE. UU.

Si acudimos al término inglés por excelencia con que se designan los alojamientos de viajeros a finales del siglo XVIII –y aún hoy vigente–, hallamos un hecho llamativo. La palabra *inn* a que nos referimos ofrece, siglos antes, un parecido desplazamiento de significado al de la palabra *hôtel*: en el idioma anglosajón del que proviene, significa “a dwelling, house, chamber, lodging”²¹, por lo que alude de manera general al alojamiento o la habitación, con independencia de su carácter puntual o permanente. Este sentido se acaba perdiendo en el sustantivo inglés, donde se hace mención expresa de su destino a viajeros –o bien a estudiantes en el caso particular de las *inns of court*²²; sin embargo, a mediados del XVIII aún encontramos en algunos diccionarios una acepción curiosamente familiar: “el antiguo nombre de las casas grandes de los nobles, obispos, etc.”²³. Hablamos probablemente de la punta del iceberg: residencia y hospedaje suelen aspirar al mismo concepto de hogar, y así se aprecia también en lenguas como el castellano o el portugués, donde la *posada/pousada* –el más tradicional alojamiento público– alude aún hoy a la “casa propia de cada uno donde habita”²⁴, e incluso, señala Ford, “se aplicaba originalmente a las viviendas de las clases altas”²⁵. Con este sentido, Borer señala para las *inns* inglesas su acepción de “mansión” –¿pero no era una *mansio* en la antigua Roma sino la principal clase de hospedaje?–, y pone el ejemplo de casas de la nobleza como la Warwick Inn, *town house* londinense de los Condes de Warwick, donde en 1458 se aloja una comitiva de seiscientos hombres²⁶.

También la historia de la hotelería británica de Borer –de carácter divulgativo– sigue el hilo conductor de la historia de la hospitalidad, al punto de interesarse por cualquier hospedaje desde la misma romanización de Britania. Sin embargo, cabe tener en cuenta sus referencias a casas nobles de diferente época amoldadas a la actividad hospitalaria, como la residencia de los Condes de Bath en Barnstaple, convertida en la Golden Lion Inn, o la del Conde de Shrewsbury en Chester, donde se instala la también *inn* Bear and Billet (Fig. 3). En cuanto a Londres, dibuja un escenario de viviendas a disposición del viajero pudiente en “las grandes *town houses* de la aristocracia [que] servían como hoteles para nobles



Fig. 3. Bear and Billet Inn, en Chester. Acuarela de Louise Rayner, c. 1924. Wikimedia Commons.

de visita”. Es el caso del palacio Savoy, construido en el siglo XIII justo donde hoy se levanta el Hotel Savoy: los cientos de huéspedes que Pedro II de Saboya aloja en él llevan a Borer a calificarlo como “el primer hotel de Londres”²⁷.

En el ámbito rural, hay que señalar el papel atribuido a otra clase de caserones señoriales: las *manor houses*. Borer dice de ellas que, durante los siglos XIII y XIV, suelen dar acogida gratuita por una noche y que su tradición hospitalaria se manifiesta incluso en ausencia de sus señores, cuando la servidumbre se encarga de anunciar su disponibilidad al viajero. Dyer por su parte señala que la apertura de estos lugares a los visitantes ha sido exagerada, aunque aún reconoce una parte de verdad a juzgar por el control escrito que casas del siglo XIV llevaban sobre sus huéspedes, o los pagos que en realidad recibían los anfitriones, o que la acogida a indigentes fuese “costumbre” antes de 1350, o que aún

en 1391-2 la comida consumida por forasteros en la casa de los Talbot representase un tercio del total²⁸. En cualquier caso, esto no cuestiona el relato de Borer según el cual, a partir del siglo XV, esta clase de hospitalidad cede al desarrollo de los establecimientos comerciales y de leyes que los favorecen, como la que en 1425 prohíbe a los viajeros alojarse con amigos, conocidos o en otros lugares que no sean "hostelleries, unless (...) they were persons of consequence, with a great retinue"²⁹.

Si hemos destacado algunos antecedentes del ámbito anglosajón frente a otras variedades vernáculas, es porque en Inglaterra se fragua buena parte del cambio de modelo: los términos *inn* y *hotel*, en su origen asociados a una realidad doméstica y privada en sus respectivas lenguas, en inglés pasan a aplicarse prioritariamente a alojamientos de carácter público, el uno ceñido a los dominios de la Inglaterra medieval y moderna, y el otro convertido en el referente internacional de la hospitalidad contemporánea³⁰. Son los ingleses de clase adinerada, devotos practicantes del *Grand Tour*, un agente capital en la generalización del nuevo concepto de hotel y, por extensión, en la aparición del turismo moderno: desde finales del siglo XVIII, se va haciendo palpable en el Continente un nuevo estándar de comodidad ligado a la visión del hogar de estos viajeros³¹. Así se expresa Papworth en 1838 sobre la importancia que conceden al hogar al hablar de una villa del londinense Regent's Park:

*The desire to congregate about him in his dwelling and domain all the means of domestic comfort, is a prominent feature of the character of an Englishman; and he there lays up his chief resources against the cares of life. His home is the depository of his most interesting pleasures, the anticipated enjoyment of which gives energy to his mind (...)*³²

Principales consumidores de los mejores alojamientos del momento, los ingleses se empapan de la estética meridional, la importan masivamente a sus *country houses* georgianas y al tiempo la reflejan en los nuevos hoteles, cuyo *comfort* se opone a lo "no inglés". En el mismo puerto de entrada a Francia de los viajeros británicos, Calais, se encontraba uno de los

hospedajes más grandes de Europa, el Dessin, que aunque varias fuentes denominan *inn*, se conocía como *Hôtel de l'Angleterre* y se consideraba "equipado al estilo inglés"³³. Y otro *Hôtel de l'Angleterre*, señalado como el primer alojamiento de esta clase en Copenhague, se instala en 1795 en una antigua mansión³⁴: su doble alusión a Francia e Inglaterra como referentes hoteleros en la Europa del cambio de siglo y su condición de palacete reciclado en hospedaje señalan una última vez los ejes del apartado que concluimos.

La nueva escala del alojamiento: la vida entre vecinos

Si hasta ahora hemos relacionado nuestros hoteles con palacetes, mansiones y *town houses* unifamiliares, a continuación vamos a poner el foco en arquitecturas generalmente de mayor tamaño o, como mínimo, abiertas a una mayor diversidad de sus habitantes. Hablaremos de edificios destinados a múltiples residencias independientes, en especial cuando se conciben con tal fin: es lo que se llama genéricamente *edificio de viviendas*, también denominado *casa* o *bloque de pisos*³⁵ –que incide en la multiplicación de estos últimos para acoger diferentes unidades domésticas–, *de vecinos*³⁶ –que señala la multiplicación de las familias que cohabitan bajo un mismo tejado pero en diferentes dependencias privadas–, o *de apartamentos*³⁷ –que enfatiza una alta compartimentación destinada a conciliar un elevado número de residentes con el requisito de intimidad propio del hogar–. Se trata de un tipo en muchos sentidos connatural a la urbe, en tanto que población de alta densidad que tiende a compactar el alojamiento, y por tanto no es extraño encontrar precedentes desde la Antigüedad, como las llamadas *insulae* romanas.

Pero el edificio de viviendas propiamente dicho no comienza a ser un estándar urbano hasta el siglo XIX, cuando se difunde en las grandes ciudades del continente europeo. Entre ellas, sin duda París es la que con mayor empeño abraza el nuevo modelo residencial, impulsado como seña de identidad burguesa y definido en su imagen externa a partir de zonas como la Rue de Rivoli, que se urbaniza desde principios de

siglo con proyecto de Percier y Fontaine³⁸. Limitado a la aplicación de un mismo diseño de fachada a toda la manzana –ya que el resto de la construcción se delegaba en la iniciativa privada³⁹–, esta intervención entronca no solo con la tradición regularizadora francesa de las *places royales*, sino también con los tanteos de “hábitats superpuestos” de las décadas anteriores⁴⁰, dos aspectos que se proyectarán con fuerza en el París decimonónico⁴¹.

Así, en la etapa del Segundo Imperio (1852-1870), la *casa de alquiler –maison à loyer–* es un fenómeno generalizado y consagrado incluso como tema artístico. Edificio de viviendas organizado en pisos que se arriendan a diferentes inquilinos, acusa inicialmente una marcada estratificación social en altura, de modo que los más pobres ocupan las buhardillas, mientras que el primero o principal lo habita el propietario y el bajo se destina a tiendas. Estas jerarquías, que la fachada delata en aspectos como la altura decreciente de cuerpos y vanos, se van suavizando conforme avanza el siglo⁴², lo que guarda cierto correlato con la unificación operada en la distribución interna: frente a las antiguas distribuciones “informes”, sin apartamentos propiamente dichos, se impone la superposición de células idénticas –al menos en las plantas principales– compuestas por tipos de estancia con un destino específico –cocina, sala, dormitorio, etc.– y separadas de las zonas comunes del edificio⁴³. No obstante, la novedad no es el apartamento en sí, sino la extensión a la vivienda ordinaria de un concepto que ya había sido reconocido como distintivo de la tradición arquitectónica francesa⁴⁴.

La casa de alquiler, en francés conocida en su forma más desarrollada con el elocuente nombre de *immeuble de rapport*⁴⁵ –inmueble de renta–, es prácticamente el quid del modelo urbanístico especulativo que se desarrolla en los ensanches burgueses del siglo XIX, al permitir obtener un alto rendimiento del solar tanto desde el punto de vista del lucro como de la concentración poblacional. Reconocida como tipología diferenciada a finales del XVIII –por ejemplo, en la Lisboa de Pombal o en Madrid⁴⁶–, Durand, en sus canónicas lecciones de arquitectura de 1802-05, ya señala como su principal ventaja la de garan-

tizar una renta al propietario que alquila a varios individuos o familias, lo que sucede cuando aún las *hotelleries* dan una imagen bastante más rústica que hotelera: “ne sont dans la plus grande partie de l’Europe que des edifices particuliers qui n’offrent pas, pour la plupart, plus d’ordre, de commodité, de propreté que la majeure partie de nos fermes”⁴⁷. Por su parte, la definición que hace Daly de estas casas décadas más tarde, cuando ya inundan París, nos evoca la imagen de unos ocupantes nómadas, disociados del lugar, que fácilmente conectan con cierto concepto de *viajero*: frente a la residencia permanente que representan los *hôtels privés*, dice que las *maisons à loyer* son “destinadas al vulgo, es decir, a una multitud de huéspedes que se suceden día tras día según las necesidades variables de trabajo, de posición, de fortuna, habitado de arriba a abajo por inquilinos de clases sociales diversas, extraños los unos para los otros”. Precisamente este punto de anonimato es el que le hace abogar por una fisonomía más estándar o genérica en contraste con la personalidad original que se le supone a la mansión privada⁴⁸.

Varios de los primeros hoteles parisinos de talla internacional se inscriben en los estándares de las nuevas casas de alquiler. Así se aprecia en su relación de espacios deudores de un mismo estilo de vida burgués –que por ejemplo expulsa la actividad industrial del inmueble residencial⁴⁹–, y en su disolución en la manzana, derivada de un rígido reglamento de composición de fachada que no hacía distinción entre vivienda y *hôtel garni*.

Es el caso del Hotel Meurice, un clásico cuyo prestigio crece de la mano de los numerosos visitantes ingleses de la ciudad, que lo conocen al principio como City of London Hotel. En su ubicación antigua del 323 de Saint-Honoré, donde se instala en 1818, llega a ocupar un conglomerado irregular de varios edificios que atraviesa toda la manzana hasta llegar a Rivoli, donde en 1819 anuncia haber abierto nuevos apartamentos⁵⁰. No obstante, su imagen exterior es bastante regular y no parece desentonar con el modelo oficial, al menos por su desarrollo decreciente en altura: un cuerpo inferior con arquerías que acoge bajo y entresuelo, pisos primero, segundo y tercero graduados en importancia y



Fig. 4. Anuncio del Hotel Meurice de París, ant. 1832. Publicado en J. J. Conway, *Footprints of famous Americans in Paris*, J. Lane, London, New York, 1912.

un último abuhardillado (Fig. 4). Este esquema tradicional⁵¹ se aplica de forma más evidente y monumental en su presente sede de Rivoli, zona de la intervención original de Percier y Fontaine, donde se traslada en 1832: el hotel, entonces en una casa de apartamentos que ya había estado alquilada previamente, no se destaca en modo alguno de las demás casas de la manzana, y solo muy posteriormente se recrece con dos plantas adicionales de mansardas⁵². Por supuesto, estos primeros hoteles ya hacen gala de espacios amplios y ostentosos, especialmente en las zonas comunes, como ya probaba el Meurice de Saint-Honoré pese a no ser un edificio específicamen-

te hotelero⁵³. Sin embargo, la afinidad entre la organización interior de hoteles y viviendas aún puede verse ejemplificada en la descripción del Hôtel du Congrès, que funciona en Rivoli 44 desde 1822 y que será absorbido por el Meurice en 1846:

*Une maison (...) consistant en deux boutiques au rez-de-chaussée sous la galerie (...) à l'entresol une antichambre; une salle à manger, un salon, deux chambres à coucher et un cabinet, cuisine et retour sur le palier de l'escalier; aux premier, deuxième et troisième étages, un appartement composé d'une antichambre, salle à manger éclairée sur la cour, chambre à coucher avec alcôve et salon éclairé sur la rue; seconde chambre à coucher éclairée sur la cour, couloir de dégagement, cuisine en retour sur le palier éclairé sur la cour; au quatrième étage un appartement composé de même que celui des autres étages à l'exception de l'antichambre; aux cinquième et sixième étages plusieurs chambres de domestiques; dans la cour, loge du portier, écurie, lieux d'aisance et pompe (...)*⁵⁴

Unos años más tarde, los nuevos hoteles de París acusan ya el gigantismo que se atribuye al modelo americano⁵⁵: se trata de grandes empresas arquitectónicas pensadas desde un principio para absorber un flujo de viajeros que no para de crecer con el impulso del ferrocarril y de eventos como las exposiciones universales. El Grand Hôtel du Louvre (1855), el Grand Hôtel (1862) y el Continental (1878) dan buena cuenta de la consecución de una nueva escala en el alo-

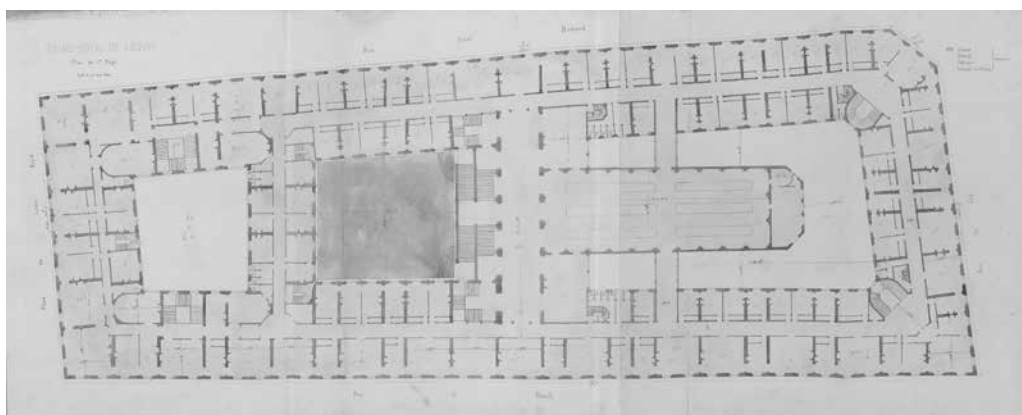


Fig. 5. Grand Hotel du Louvre. Planta del primer piso. Armand, Hittorff, Pellechet y Rohault de Fleury, arquitectos, 1854. RIBA Library Drawings & Archives Collections, Victoria & Albert Museum, Londres.

jamiento; pero una escala que corre en paralelo a la iconografía residencial, que aspira a colmar la calle convenientemente modulada en cada área urbana. Así, cuando el Hôtel du Louvre se proyecta para una enorme manzana con tres patios y con largos pasillos entre hileras de habitaciones, se establece un importante número de suites, cuartos intercomunicados que, de modo diferente al apartamento, aún aluden al hogar familiar⁵⁶ y que curiosamente disponen de aquella ventaja que Durand enunciaba para las casas de alquiler: la posibilidad de alquilar las piezas del apartamento juntas o separadas según convenga⁵⁷ (Fig. 5). Pero es sin duda la composición del alzado, condicionado por la normativa de Rivoli, la que pone al servicio de la imagen residencial todo tipo de funciones, como demuestra también el Continental, vecino del Meurice: su arquitecto lidia con “la imposibilidad de indicar exteriormente la intención general de la distribución del plan”⁵⁸ en un solar que, con la misma normativa, ya fuera previsto para sede de Correos y luego ocupado hasta su destrucción por el Ministerio de Finanzas⁵⁹ (Fig. 6). Y fuera de Rivoli, el Grand Hôtel apuesta por un incremento en las galas con la pautación del muro a base de pilastras compuestas, de acuerdo con el tono de la Plaza de la Ópera, de tal forma que, fiel a la severidad horizontal de la calle de los Meurice, Louvre y Continental, nos evoca el aire palatino y elegante de las fachadas residenciales de la Plaza Vendôme. Que el Ritz se construya tras una de ellas a finales de siglo⁶⁰ viene a reiterar que, pese a que los antiguos espacios sean ya insuficientes para las nuevas necesidades, prevalece un apego a la tradición similar al que acusan otras

tipologías arquitectónicas –como las estaciones de tren– en pos de dotar de sentido a la nueva máquina hotelera.

Dada la enorme influencia que tiene Inglaterra en la definición del hotel, resulta paradójica su resistencia histórica al edificio de viviendas, aún hoy patente⁶¹. Ya por rivalidad histórica –referida incluso como “francofobia”– o por una particular cultura del espacio individual, unido sin duda a una visión tradicional del hogar en forma de *detached house*, el caso es que los comentarios hacia la forma de vida de los parisinos alcanzan niveles hirientes: algunos comentaristas victorianos defienden ideas como que “los franceses se han acostumbrado a estar satisfechos con mucho menos que nosotros”, hasta el punto de ser difícil entender “cómo se las apañan con alojamientos tan pequeños”, pisos que tienen “por regla general (...) no más de un cuarto del espacio de nuestras casas inglesas”, donde viven familias cuya idea de casa “apenas va más allá de un salón y un comedor” y que “no se preocupan por la privacidad”, tanto en lo que respecta al interior de la vivienda como en la relación con unos vecinos de clase social diversa⁶².

Al margen de estos recelos y de la tardanza en la construcción de *block of flats*⁶³, lo cierto es que la ciudad de Londres no es ajena, ya de modo planificado o espontáneo, a diferentes fórmulas multivivienda. De hecho, quizá la asociación con los *tenements* obreros que se abren paso desde mediados del siglo XIX –con su variante hostelera en las Rowton Houses de finales de siglo⁶⁴– puede tener que ver con el recelo de las clases acomodadas hacia la vivienda colectiva. Al mismo tiempo, factores como la presión demográfica y la carestía del alojamiento deben de tener su influencia en la conversión de casas unifamiliares en improvisadas comunidades de vecinos⁶⁵.

En lo relativo a los hoteles, los primeros de Londres también vinculan su imagen a la del caserío residencial, por lo que la mayoría de las veces disuelven su función entre manzanas de casas de apariencia genérica y ordinaria. El panorama hotelero alrededor de 1840 lo testimonia una singular colección de vistas urbanas publicada por J. Tallis, en las que se presenta con



Fig. 6. Hotel Continental de París. Postal, c. 1900. Colección del autor.

gran detalle el alzado de las principales calles⁶⁶. Se contabilizan en el Londres de Tallis unos 80 hoteles, pequeños establecimientos para caballeros o familias entre los que apenas destacan unos pocos edificios, como el del Morley's en Trafalgar Square. Sin duda, la colección delata un inédito interés por la nueva modalidad de hospedaje y por su imagen dentro de la urbe, dada la destacada proporción de hoteles que se representan en estampa aparte, como si de monumentos se tratasen; sin embargo, la inmensa mayoría son casas discretas, empotradas entre medianeras, de volumen común y neutras en ornamento, que desde luego no aparentan una talla superior a la de aquellos alojamientos que los ingleses presumían de haber exportado⁶⁷ (Fig. 7).

Aunque el panorama londinense evoluciona en las décadas siguientes con algunos ejemplos destacados –como los hoteles de estación–, aún lloverán críticas sobre la oferta de la ciudad hasta 1880, cuando Dickens, pese a reconocer las mejoras que se habían producido, afirma que “in proportion to its size, London is still far worse provided (...) than most of the great Continental or American towns”. En lo que toca al aspecto arquitectónico, más concretamente tipológico, resulta llamativa la apreciación de J. Timbs de que “a few private houses knocked somehow into one have been thought a large and grand hotel, for it is only within the last few years that the obvious necessity which existed for constructing a building specially for Hotel purposes has been slowly recognised in this country”⁶⁸. Con todo, llegado ese reconocimiento de la necesidad del edificio especializado, aún encontramos alguno de los primeros e infrecuentes bloques

de pisos prestándose a finales de siglo a la función hotelera. Es el caso del llamado Hyde Park Court, terminado en 1890 y convertido en hotel en 1900; o el Walsingham House Hotel, construido en 1887 como edificio de viviendas y demolido pocos años después para dejar paso al Ritz⁶⁹, edificio este último que nos sugiere las fachadas de la parisina Rivoli y cuya última ampliación –2006– incorpora una aristocrática *town house* llamada William Kent House en alusión a su arquitecto⁷⁰.

Si Inglaterra inspira los primeros hoteles en Europa, los Estados Unidos, que apuestan fuerte por la tipología desde un principio, reavivan en la segunda mitad del XIX la influencia anglosajona mediante un modelo basado en el gigantismo, la alta capacidad y la calidad de organización y equipamiento. Respecto a la relación entre el hotel y el edificio de viviendas, lo que en el caso inglés calificamos de paradójico también es aplicable al estadounidense: un mismo apego a la casa unifamiliar y una misma defensa de los valores del hogar tradicional guían a los críticos de los nuevos hábitats apilados que se asocian a la parte continental de Europa, mientras que son las perspectivas progresistas, como la del feminismo, las que hacen una apuesta más clara por la vida de hotel. Sandoval-Strausz resuelve la paradoja a partir de una sencilla apreciación: “hotels were the first practical purpose-built multiple dwellings in United States history”, lo que le permite argumentar que los “hotels offered the nation's urbanites a new way to dwell by pioneering new architectural spaces”. Los hoteles americanos, tradicionalmente usados como vivienda por una amplia proporción de huéspedes



Fig. 7. Detalle de Haymarket según J. Tallis (1847). De izquierda a derecha, según el directorio que acompaña: 64, Wright, Anglesea Hotel; 61, Dubourg's Hotel; 59, Dick, Blue Post Hotel; 58, Esden, Hotel de Paris. Se muestran juntas las secciones 2 y 3, que se representan en páginas distintas en el original.

des, modelan de forma evidente el edificio de apartamentos, que –al contrario que el *tenement* obrero– suele excluir estancias como la cocina del área privada, pues las faenas domésticas se llevan a zonas comunitarias del edificio donde las atiende personal específico. Es el caso del Hotel Pelham de Boston (1857), pionero en su clase que es solo una muestra de la aplicación del término *hotel* a edificios multivivienda⁷¹ (Fig. 8).

Caso bien diferente es el español, donde se sigue en general la tendencia continental: el diccionario de Madoz, editado entre 1846 y 1850, ya apunta la proliferación en las principales poblaciones de edificios más altos –hasta seis plantas en algunos casos– en los que se multiplica el número de viviendas⁷². Con la ley de arrendamientos de 1842, esta clase de edificio recibe un impulso capital que lleva a su generalización en los ensanches burgueses de la segunda mitad de siglo, escenarios donde la vivienda se convierte en lucrativa mercancía⁷³. Pero la casa de alquiler, lejos de ser una novedad, ya demuestra su pujanza en la década anterior, cuando Larra dice que “surgen de la noche a la mañana por todas las calles de Madrid” con “más balcones que ladrillos y más pisos que balcones”. Su retrato de las nuevas casas madrileñas plantea, como Daly unos años más tarde, la metáfora del viajero, poniendo en boca de los caseros: “apiñemos gente en estas diligencias paradas, y vivan todos como de viaje”⁷⁴; nada raro, teniendo en cuenta que los grandes inmuebles parisinos se tienden a clasificar como los vagones del tren: de primera a tercera clase en función de aspectos como su lujo o situación⁷⁵. Al exterior,

desde el rigor neoclásico a la explosión ecléctica, se produce un efecto de normativización y estandarización derivado de la visión ordenadora ilustrada, que se plasma en el desarrollo de políticas de regularización de las fachadas⁷⁶. De todas formas, en Madrid, esta idea de seriación del alzado aparece magistralmente plasmada en ejemplos tan tempranos como la Plaza Mayor, con la que “se inauguró en España una manera de vivir concentrada, en la que en una casa podían suceder simultáneamente acontecimientos tan dispares como un nacimiento, una boda y un velatorio”⁷⁷. En el capítulo de vivienda proletaria, que suele omitirse en las referencias que da el Madoz, no nos resistimos a dejar de mencionar las tradicionales corralas, cuya organización en galerías superpuestas en torno a un patio evoca vivamente la típica de las *inns* inglesas, también ligadas en su origen con usos teatrales.

La zona de la Puerta del Sol de Madrid, donde proliferan los nuevos tipos de viviendas de alquiler que retratan con curiosidad autores como Mesonero⁷⁸, tiene un interés especial en lo relativo al hospedaje. Hasta mediados de siglo no hay otra cosa que fondas en la cúspide de la pirámide de establecimientos, si bien los testigos de la época ya reconocen su inferior categoría con respecto a los hoteles extranjeros. Por ello, defienden como preferible el alojamiento en casas de huéspedes, donde el visitante encuentra mayor amplitud y comodidad por un mejor precio, pudiendo incluso valorar el ambiente familiar; o en su defecto, animan al alquiler de un piso o apartamento amueblado o vacío a poco que la estancia se alargue⁷⁹: a tal punto llega la precariedad de alojamientos públicos en Madrid, sin duda heredada de lo que era común en los siglos anteriores⁸⁰. Las cosas comienzan a cambiar en la década de 1860, poco después de la remodelación que dota a las fachadas de Sol de su actual uniformidad⁸¹. En 1864, se inaugura en esta plaza el que será “el hotel más elegante del siglo XIX en Madrid”, el Hotel París, que cuenta con promoción francesa y coincide con la apertura de la línea ferroviaria entre París y Madrid⁸². El valor que el hotel concede a su marco arquitectónico es evidente; sin embargo, su fachada, como la de otros de las inmediaciones, no busca distinguirse del conjunto (Fig. 9). En cualquier caso, más allá de la cuestión de las fachadas, la



Fig. 8. Hotel Pelham, Boston. Fotografía de Alfred Stone, 1869.



Fig. 9. Puerta del Sol de Madrid, ca. 1870. Foto de de J. Laurent. Al fondo el Hotel de París y a la izquierda el de Los Príncipes.

debilidad del elemento tipológico se demuestra en los mismos afanes por atajarla: por ejemplo, en 1890, el Grand Hotel des Ambassadeurs, uno de los importantes de la zona, presume de haber sido “construido expresamente para hotel”⁸³. ¿Cabría esperarlo de una iglesia, de un teatro o de una estación de tren?

Galicia: de la casa al hotel

El objetivo de este apartado final es introducir de manera concisa el panorama del alojamiento en Galicia con la perspectiva desarrollada hasta ahora, la del papel que juega la vivienda en la definición del hotel. En primer lugar, se impone reconocer un abrupto cambio de escala: luego de tratar los centros del sistema urbano occidental, como es el caso de París y Londres, procedemos sobre una constelación de ciudades pequeñas, periféricas respecto a aquellos centros de influencia y marcadas por una sociedad eminentemente agraria, cuya carencia de una mínima infraestructura hotelera hasta el último cuarto del XIX dificulta un seguimiento en paralelo de la cuestión. Pero precisamente porque es de los polos metropolitanos de donde emanan las nuevas ideas sobre el hospedaje y su imagen, no cabe sino asumir el desarrollo del hotel en Galicia como un proceso de importación o de colonización cultural que comienza desde el momento mismo en que los viajeros foráneos contraponen la realidad local con la de sus países de origen.

Al hilo de los apartados anteriores, tratamos en éste dos ámbitos: el de la casa propiamente unifamiliar, con independencia de su tipología específica, y el del inmueble de viviendas bur-

gués, normalmente entre medianeras, ya se trate de un gran bloque de alquiler –caso infrecuente– o, en el extremo opuesto, de una casa modesta con bajo y dos pisos. En el primero de los casos encuadramos algunos de los establecimientos puntuales de los que sabemos a través de las noticias de los visitantes desde finales del siglo XVIII, incluyendo referencias a algunos establecimientos de carretera, pero también case-rones o chalets urbanos no concebidos para dar alojamiento a una multitud de huéspedes. Por su parte, en el segundo grupo encasillamos la inmensa mayoría de los primeros hoteles urbanos gallegos, que muy raramente se valen durante el siglo XIX de una arquitectura a propósito para hotel y no tienen reparos en adoptar de forma generalizada edificios preexistentes destinados a viviendas. Este fenómeno se acompaña de la paulatina renovación del parque inmobiliario que promueve la burguesía y que, en última instancia, produce una paradoja aún vigente en Galicia: la fuerte implantación de la casa unifamiliar, coherente con el carácter rural del país, contrasta –como no sucedía en el caso anglosajón– con una fuerte asunción del modelo de casa de pisos en los núcleos urbanos.

Un caso aparte es el de los hoteles de balneario, fuertemente orientados al turismo y con predominio del edificio *ad hoc*, exento y de tamaño mayor: son aspectos que los singularizan frente a los hoteles de viajeros y que motivan que los dejemos fuera de este trabajo. No obstante, con ello no pretendemos minimizar los muchos aspectos que comparten con los hoteles más propios de la ciudad, como su condición de enclaves urbanos en un sentido amplio –arquitectónico y social, pese a refugiarse en la naturaleza– o su asociación a procesos de colonización cultural con notable participación anglosajona⁸⁴.

La cuestión que nos interesa es así de sencilla: ¿reconocen los viajeros un hotel –u hospedaje afin– nada más verlo? ¿Hay en su arquitectura, en su imagen, una mínima sugerencia de su función? ¿O solo un rótulo –sí lo hay– y la propia actividad que se desarrolla en su interior le dicen al huésped dónde se encuentra?

En lo que toca a los alojamientos de fines del XVIII, nos vemos limitados a interpretar los testimonios de los viajeros: no mencionan –ni tam-

poco parecen esperar— elementos que distinguan sus hospedajes como tales, ni en el aspecto visual ni en el funcional, e incluso les atribuyen los mismos defectos que al resto del caserío. Así, de las referencias que nos dan Adams, Southey o Humboldt en sus respectivos pasos por Galicia, no podemos extraer una imagen concreta de los establecimientos en que se hospedaron, pero sí podemos figurarnos que no se trataba de edificios especiales o destacados, sino más bien de casas ordinarias que compartían con el resto su carencia de comodidad⁸⁵. No obstante, en algunos casos, sí se puede deducir el carácter privado de algunos alojamientos, como el que Adams se ve obligado a tomar en Ferrol, “en la calle de la Madalena, junto coca, en casa de Pepala Botoneca”, en vez de una de las dos “*taverns*” existentes en la población⁸⁶. Casos como éste, donde un alto diplomático debe instalarse a disgusto en una casa que ni pasa por *tavern* y con una casera molesta pese a estar en uno de los principales puertos de guerra del reino, dicen mucho de la oferta disponible al viajero. Adams plasma el carácter doméstico con mayor detalle al salir a la carretera, donde se aloja en pobres casas que ahora sí se detiene en describir: no se distinguen de la de un labrador cualquiera⁸⁷. Y otro tanto hace Southey, que repite características como la ausencia de chimenea y la convivencia en la planta baja con el ganado, generalizadas en un Camino Real donde la escasa promoción estatal de alojamiento fracasa⁸⁸.

La ausencia de menciones a hoteles confirma la puntualidad del Hotel du Grand Amiral conocido por Adams en la Coruña de 1779, un albergue regentado por franceses donde aún coleva la acepción residencial de *hotel*⁸⁹. Posadas y fondas son las que hospedan a los visitantes de las ciudades gallegas durante la mayor parte del siglo XIX, pero las escasas señas que se dan de su situación y aspecto obligan de nuevo a la deducción a partir de los testimonios de la época. Borrow, por ejemplo, menciona en Lugo una posada que, al menos por ser “vasta”, destacada en un promontorio, con bastantes habitaciones y con un corredor abierto a modo de solana, no se presta a colaborar en nuestro planteamiento; sin embargo, las pequeñas poblaciones, especialmente cuando están fuera de las vías principales de comunicación, siguen acusando la falta

de alojamientos apropiados: en Fisterra, Borrow debe hospedarse en casa de un comerciante tras la infructuosa búsqueda de una posada o venta, que previamente cree haber encontrado en una casa particular⁹⁰.

En Galicia, como en el resto del Estado, la fonda —y no la posada— es la principal categoría hospedera urbana antes de la difusión del hotel. Al alcanzar la década de 1870, comenzamos a documentar una amplia nómina de estos establecimientos⁹¹, los cuales, unos efímeros y otros con proyección hacia el siglo XX, enlazan ya con la aparición de los primeros hoteles. La falta de espacio nos impide detallarlos aquí, pero sí podemos mencionar algunos casos representativos donde el edificio de viviendas sirve de marco a su actividad. Así sucede en A Coruña con el edificio de San Andrés 75 (F. Domínguez, 1870), por el que pasan varios establecimientos desde 1871 con denominaciones tan diversas como las de fonda, hospedaje, pupilaje o incluso hotel⁹². Como es habitual en esta época, la documentación no hace mención expresa del destino a viviendas ni acompaña plantas del interior que atestigüen un supuesto ajuste a funciones específicas, pero es en este punto donde conviene subrayar la correlación entre iconografía de fachada y tipología edilicia: el encaje entre medianeras, la multiplicación de los pisos en altura, la regularización y ampliación de los vanos, las galerías de los pisos altos y el énfasis del principal, todo ello con una piel cada vez más ecléctica, caracterizan la casa burguesa que prolifera en A Coruña al servicio tanto de una dignificación artística de la vivienda como de su rentabilización vía alquiler. En este sentido, poco tiene de hotelero el piso añadido que le proyecta J. de Ciórraga en 1894, al limitarse a reproducir el alzado preexistente en lo que constituye una obra menor típica de la época⁹³.

Por su parte, Vigo también cuenta con una nutrida nómina de fondas cuya imagen, a juicio de Areal Alonso, no se diferencia de “otras edificaciones destinadas a vivienda particular”⁹⁴. Las fondas compostelanas tampoco construyen sus edificios a medida: así la Suiza, establecida en 1878 en Conga 8 (M. Pereiro, 1872) o la Ferrocarrilana, que se muda a Preguntoiro 33 en el mismo año (M. Prado y Vallo, 1867), son precedi-

das por diferentes inquilinos y hasta conviven con residentes estables en otros pisos, como el propietario del inmueble, conforme al uso habitual⁹⁵ (Fig. 10); incluso puede ser la fonda la arrendadora, como la de Rey, en la Praza da Universidade 5, que en 1879 ofrece un piso “con su cocina independiente”⁹⁶, o la que opera en 1903 en la Rúa Nova coruñesa, que proyecta un piso específicamente como “vivienda independiente para el arrendamiento”⁹⁷. Pero más frecuente es que la fonda sea un inquilino más, que peregrina por la ciudad llevando su marca a cuestras⁹⁸, lo que en bastantes casos explica la multiplicación de idénticos nombres en diferentes domicilios, o incluso que la fonda contrate apartamentos adicionales en otros inmuebles en función de la demanda⁹⁹.

En paralelo al proceso de ornamentación, monumentalización e individualización, el edificio de viviendas bebe de la idea planificadora de raíz ilustrada, lo que además de favorecer cierta unidad del conjunto urbano, incide en la

paulatina estandarización y regularización de los diferentes pisos o apartamentos empezando por su imagen hacia la calle. Ejemplo de esta tendencia es el citado edificio de la Ferrocarrilana santiagoense, que en 1875 sustituye su propuesta de ático achaparrado, conforme al esquema tradicional, por un cuerpo más proporcionado con los restantes¹⁰⁰; o las múltiples intervenciones destinadas a sobreelevar y regularizar viviendas antiguas, como las que afectan a la también citada fonda de Rey¹⁰¹ o al edificio nº 1 de la Senra –por seguir con Compostela– que procura parchear su irremediable aspecto rústico al tiempo que acoge establecimientos como el Petit Cristián¹⁰².

Las características que se generalizan en el nuevo caserío van a resultar idóneas para los nuevos hoteles, que además de sintonizar con sus valores estéticos, ven facilitada la extensión y seriación de su actividad. A finales del XIX y durante las primeras décadas del XX, tanto los hoteles principales como los más modestos se instalan de manera habitual en edificios de viviendas y asumen por tanto su mismo lenguaje hacia la calle. Las más notables excepciones, como los hoteles ferrolanos de R. Ucha, no dejan de ser una confirmación de la segunda premisa, y otro tanto sucede con los Miño y Barcelona ourensanos (D. Vázquez-Gulías), cuya ambigüedad tipológica inicial –proyecto limitado al alzado de fachada y ausencia de mención explícita de destino– vuelve a evidenciar la ausencia de una concepción hotelera emancipada de los clichés residenciales. Estos clichés se plasman a través de estilos diversos que pueden ir desde la sencillez de los coruñeses Continental (arquitecto desconocido, 1884) o La Perla (F. Domínguez, 1877), con su aire autóctono al que colaboran las galerías (Fig. 11), al vibrante eclecticismo neobarroco del Moderno vigués (M. Pacewicz, 1897), de clara raíz francesa. Son los grandes bloques de viviendas los que mejor anuncian la evolución a la larga del hotel: Continental de Vigo (arquitecto desconocido, c. 1865) y Palace de A Coruña (F. Domínguez, 1872), fundado el segundo más de 40 años después de la construcción, se convierten en protagonistas urbanos gracias al porte de sus respectivos edificios que, sin renunciar a la clásica jerarquía de cuerpos, se valen de una inusual amplitud de solar para mostrarse como



Fig. 10. Edificio número 33 de Preguntoiro, Santiago de Compostela, donde en 1878 se traslada la fonda Ferrocarrilana. Foto del autor.



Fig. 11. Izquierda: anuncio del Hotel Continental de A Coruña, 1890. Tomado de R. Faginas Arcuaz, *Guía-Indicador de La Coruña y de Galicia para 1890-91*, Imp. de Vicente Abad, La Coruña, 1890. Derecha: anuncio del Hotel La Perla de A Coruña, inaugurado en 1911. Tomado de *La Coruña. Guía, planos y vistas*, Imp. de Ferrer, Coruña, 1912.



Fig. 12. Vista del Hotel Continental de Vigo, ca. 1930. Tarjeta postal. Colección Antonio Cancela.



Fig. 13. Vista de la Casa Caruncho en el Cantón coruñés, que acogerá el Palace Hotel a partir de 1916. Grabado. *La ilustración gallega y asturiana*, 1879.

contundentes bloques de composición regular (Figs. 12 y 13). Exploran así, de manera pionera en nuestras ciudades, la posibilidad de un modo de alojamiento racional y seriado que dé salida a situaciones de alta demanda, pero su plasmación aún dista de ser eficiente y convincente, lastrada por un saneamiento raquíutico, la compartimentación irregular, habitaciones interiores, etc. (Fig. 14)¹⁰³.

En el otro extremo, tenemos las casas unifamiliares, que no dejarán de ser vistas como adecuadas para instalar nuevos hoteles. Dos buenos ejemplos del siglo XX son el santiagués Hotel España, fundado en una casona barroca de la Rúa Nova en 1926 (L. A. Ferro Caaveiro, 1754¹⁰⁴); y el llamado Chalet Losada de Ourense, que pervive exento en medio de un solar urbano hasta la década de 1960 (Fig. 15). Pero quizá el primer hotel gallego que adopta un caserón del XVIII es el Méndez Núñez de Lugo, que nace en la antigua mansión de los Gil, en la Plaza Mayor, en 1880, y no desaprovecha la ocasión de presumir en sus primeros años de su lujo castizo, ni tampoco de la modernización, tiempo después, de sus vanos y alturas en los términos ya comentados. Al modo del Europa y el Francia coruñeses, integrados por pares de casas originalmente independientes, otros cuatro edificios vendrán a sumarse para completar la historia del Méndez Núñez, lo que nos evoca aquella antigua queja sobre los hoteles de Londres: “a few private houses knocked somehow into one...”, dan como resultado, como si del juego de *monopoly* se tratase, un hotel¹⁰⁵.

En conclusión, comprobamos que, de los primeros hoteles urbanos gallegos –y aún de los que aparecen en las primeras décadas del XX– solo ejemplos puntuales se valen de un proyecto específico, y el resto hace uso generalizado de arquitecturas destinadas inicialmente a viviendas o, al menos, la documentación no las distingue con otra calificación que la de “casa”. Por una parte, esto puede considerarse un síntoma de inmadurez tipológica, o incluso de precariedad e improvisación, al menos a la vista de la personalidad diferenciada que ofrecen otras funciones urbanas, viejas y nuevas. Pero por la otra, resulta lógico que el alojamiento temporal se asocie con la iconografía de la casa, de la residencia estable, como referente de familiaridad y bienestar, más

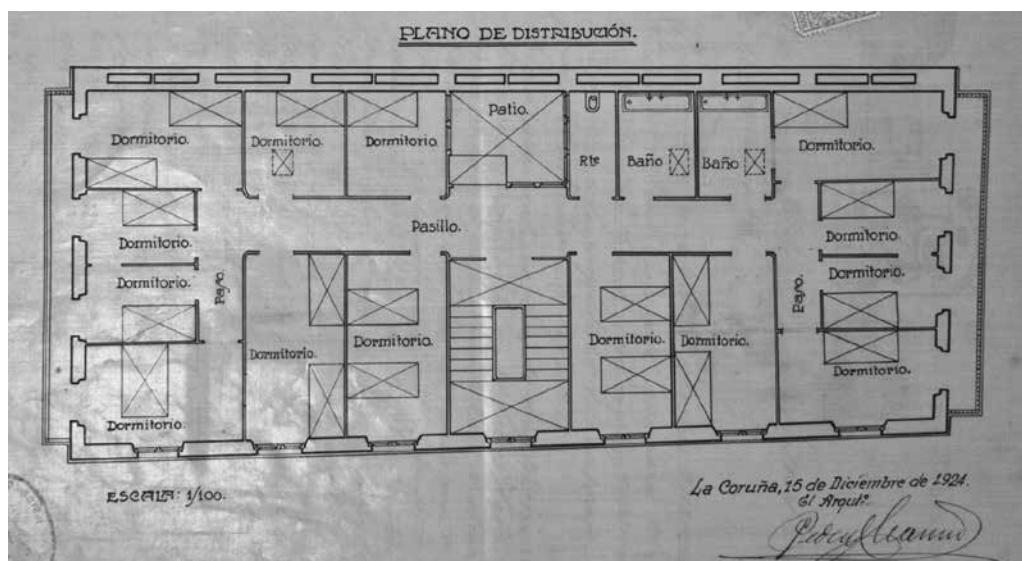


Fig. 14. Proyecto de ampliación del Palace Hotel de A Coruña. Planta de distribución del nuevo piso. P. Mariño, 1924. Archivo Municipal de A Coruña.

cuando la ciudad burguesa promueve un tipo de edificio “moderno, cómodo, preciso, tecnificable y repetible”¹⁰⁶, que dignifica la morada al tiempo que se abre a la transitoriedad de los moradores, y que además es el principal agente estético de la calle y “protagonista indiscutible de la ciudad ochocentista”¹⁰⁷. Solo cuando esta dimensión privada no baste de por sí, cuando el hotel comience a requerir una amplia dotación de espacios comunitarios más allá del comedor –apenas la única estancia de este tipo en los primeros casos gallegos–, se hará imprescindible el proyecto *ad hoc*.



Fig. 15. Chalet Losada de Ourense, ca. 1915. Tarjeta postal. Biblioteca de la Diputación de Ourense.

NOTAS

¹ El presente trabajo se ha realizado con el apoyo de una beca del Programa de FPU del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, así como en el marco del proyecto de investigación *Memoria, textos e imáxenes. La recuperación del patrimonio perdido para la sociedad de Galicia* (HAR2014-53893-R), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad y con vinculación al departamento de Historia del Arte de la Universidade de Santiago de Compostela.

² Definimos *hospedaje* –en inglés *lodging* y en francés *hébergement*– como la actividad de hospedar, es decir, de alojar a personas ajenas a la casa, llamadas huéspedes, generalmente a cambio de un dinero estipulado, por lo que ofrece un carácter temporal y comercial al que también alude la palabra *alojamiento* en alguna de sus acepciones –ing. *accommodation* y fr. *logement*–. Cfr. diccionarios generales, en especial los actuales de la RAE y la RAG.

³ Aunque de sobra conocido, cabe señalar alguno de los muchos aspectos que lo acreditan, como el plano normativo: el hotel ha sido considerado la primera categoría hospedera en las sucesivas legislaciones españolas durante el último siglo, empezando por la Real Orden Circular de 17 de marzo de 1909, que ya lo citaba en primer lugar, y terminando por las leyes autonómicas una vez descentralizadas las competencias sobre el turismo, como la 7/2011 de 27 de octubre “del turismo de Galicia”, en cuyo art. 56 los hoteles representan un grupo I por delante del grupo II de las pensiones, ambos englobados bajo el redundante epígrafe de “establecimientos hoteleros”.

⁴ W. A. Rutes, R. H. Penner y L. Adams, *Hotel design: planning and development*, Architectural Press, Oxford, 2001, pp. 4-7. Nos centramos en el esquema de la p. 4.

⁵ *Ibid.*, p. 6.

⁶ N. Pevsner, *A History of Building Types*, Thames and Hudson, London, 1976, p. 169 y ss.

⁷ E. Denby, *Grand hotels: reality & illusion: an architectural and social*

history, Reaktion, London, 1998, pp. 15-16.

⁸ J. Rivera Blanco, coord. (et al.), *Arquitectura y orden: ensayos sobre tipologías arquitectónicas*, Instituto de CC. de la Educación, Valladolid, 1988, p. 6: “el estudio tipológico, como procedimiento analítico, supone un útil medio, un instrumento concreto de verificación de los elementos reguladores de la historia y del contexto. Es en este sentido –entre otros– en el que la tipología puede y debe ser entendida: sobre todo como vehículo de conocimiento, no como objetivo final”.

⁹ J. D. Díaz López, *Fondas, hospedaxes e hoteis da cidade da Coruña. A definición dunha tipoloxía arquitectónica* (tesis de licenciatura, dirigida por Alfredo Vigo Trasancos), Universidade de Santiago de Compostela, 2011: este aspecto aparece resumido en el apartado de “conclusiones”. Puede consultarse una copia de este trabajo en <http://bit.ly/HotelC>

¹⁰ Lo vemos como *hostel*, con el mismo significado que posteriormente ofrece *hôtel*, en la primera edición del diccionario de la Academia Francesa (*Le dictionnaire de l'Académie française, dédié au Roy. T. 1. A-L*, Vve J. B. Coignard et J. B. Coignard, Paris, 1694, p. 572).

¹¹ Pevsner, op. cit., p. 172; Denby, op. cit., p. 26. Ambos autores hacen referencia a diferentes versiones del *Oxford English Dictionary*.

¹² La primera definición que se da de *hôtel* es “grande maison d’un Prince, d’un grand Seigneur, d’une personne de grande qualité”, mientras que “se dit aussi d’Une grande maison garnie”. Por su parte, *maison garnie* se define como “une maison meublée qui est à louer en tout ou en partie”. Relacionado con el término *hôtel* en su acepción de establecimiento de hospedaje, existe el de *hôtellerie*, que se define como “maison où les voyageurs & les passans sont logez & nourris pour leur argent”. Cfr. voces “hôtel”, “maison” y “hôtellerie”, en *Dictionnaire de l'Académie française...*, op. cit., ediciones de 1740, 1762 y 1798.

¹³ Pevsner, op. cit., p. 175.

¹⁴ N. de Séjournant, voz “hôtel garni”, en *Nouveau dictionnaire fran-*

çois-espagnol: composé sur les dictionnaires des académies royales de Madrid et de Paris, tome second, Chez C. A. Jombert, 1786.

¹⁵ AA. VV., *Du palais au palace: des grands hôtels de voyageurs à Paris au XIXe siècle*, Paris Musées, Paris, 1998, pp. 20-23.

¹⁶ *Ibid.*, p. 20, citando a W. Playfair, *La France telle qu'elle est, et non la France de Lady Morgan*, H. Nicolle, Paris, 1820, p. 120.

¹⁷ A. K. Sandoval-Strausz, *Hotel: an American history*, Yale University Press, New Haven and London, 2007, p. 6.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 6-7.

¹⁹ F. H. W. Sheppard (ed.), “General Introduction”, en *Survey of London: Volume 36, Covent Garden*, London County Council, London, 1970, pp. 1-18 [Consultado el 30 de enero de 2015 en: <http://www.british-history.ac.uk/survey-london/vol36/pp1-18>].

²⁰ R. Jacobs, *Covent Garden: Its romance and history*, Simpkin, Marshall, Hamilton, Kent and co. Ltd., London, [1913], pp. 33-37.

²¹ J. Bosworth, voz “Inn”, en *An Anglo-Saxon Dictionary: Based on the Manuscript Collections of the Late Joseph Bosworth*, ed. Thomas Northcote Toller, Clarendon Press, Oxford, 1898, p. 594.

²² Cfr. la voz “inn” en: T. Sheridan, *A General Dictionary of the English Language*, J. Dodsley, C. Dilly, and J. Wilkie, London, 1780; W. Perry, *The Royal Standard English Dictionary*, I. Thomas & E. T. Andrews, Boston, 1788; J. Barclay, *A complete and universal English dictionary*, London, 1792; S. Johnson, *A dictionary of the English language*, 10ª ed., London, 1792.

²³ T. Dyche, W. Pardon, *A new general English dictionary*, 11ª ed., C. and R. Ware, London, 1760.

²⁴ Es esencialmente la misma definición que la RAE da desde 1737 (cfr. *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española*, Real Academia Española, consultado el 15-II-2015, <http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvitGUILoginNtllle>).

²⁵ R. Ford, *A Hand-Book for Travellers in Spain, and Readers at Home*, Cambridge University Press, 2011 (1ª ed. 1845), vol. 1, p. 22.

²⁶ M. C. Borer, *The British hotel through the ages*, Lutterworth Press, Guildford, 1972, p. 19.

²⁷ *Ibid.*, pp. 27-28 y 57.

²⁸ C. Dyer, *Standards of living in the later Middle Ages: social change in England c. 1200-1520*, Cambridge University press, Cambridge, 1989, p. 99.

²⁹ Borer, op. cit., p. 28.

³⁰ Ya nos hemos referido al significado en inglés de *inn* en la nota 22. Respecto al de *hotel*, es interesante hacer un seguimiento de su presencia en el diccionario de Johnson, uno de los más influyentes en la historia del inglés: si bien la palabra *hostel* se toma prestada del francés a finales del siglo XVIII con el único significado de “an inn”, no es hasta principios del XIX en que aparece escrita *hotel*, sin la *s* –ya muda– ni el acento circunflejo (Cfr. Johnson, voces “hostel”/“hotel” en: op. cit., 1792; *Dictionary of the English language, in miniature*, Joseph Hamilton, London, 1805; id., Boston, 1810; id., William Brown, London, 1823; *Johnson’s English Dictionary*, Cottons and Barnard, Boston, 1834).

³¹ Aunque posterior, es ilustrativa la opinión sobre el gusto “teutón”, en especial inglés, de H. C. Shelley, *Inns and taverns of old London*, L. C. Page & Company, Boston, 1909, p. V: “For all races of Teutonic origin the claim is made that they are essentially home-loving people. Yet the Englishman of the sixteenth and seventeenth and eighteenth centuries, especially of the latter, is seen to have exercised considerable zeal in creating substitutes for that home which, as a Teuton, he ought to have loved above all else”.

³² A. C. Pugin, J. Britton y W. H. Leeds, *Illustrations of the Public Buildings of London*, John Weale, London, 1838, vol. 2, p. 350.

³³ Pevsner, op. cit., pp. 172, 178 y 191-92; Denby, op. cit., pp. 22-23. Es el modelo inglés el que Ford contraponen cuando evalúa los alojamientos de España: “there has been no demand for those comfortable hotels which we [los ingleses] have taught the Continent” (Ford, op. cit., p. 21).

³⁴ J. d’Ormesson (et al.), *Grand Hotel. The Golden Age of Palace Ho-*

tels. An Architectural and Social History, Chartwell Books, Secaucus, New Jersey, 1984, p. 38. Tras incendiarse el edificio original en 1795, el Angletterre lo instala Gottfried Rau en la mansión del siglo XVII llamada Grams Gård, que había sido de Friedrich von Gram.

³⁵ M. García Filgueira, *Eclecticismo y arquitectura en la Galicia del siglo XIX. La obra de Domingo Rodríguez Sesmero y Alejandro Rodríguez-Sesmero González* (tesis doctoral, dirigida por Jesús A. Sánchez García), Universidade de Santiago de Compostela, 2006, pp. 90-91, nota 423: cita a Giner de los Ríos; H.-R. Hitchcock, *Arquitectura: siglos XIX y XX*, Cátedra, Madrid, 1981, p. 212. En el original inglés se emplea “block of flats”.

³⁶ García Filgueira, op. cit., p. ej. pp. 100 y 264; F. Quirós Linares, *Las ciudades españolas a mediados del siglo XIX*, Ámbito, Valladolid, 1991, p. 78 (nota 40), y pp. 61 y 66 con la variante “casa de vecindad”; L. Sazatornil Ruiz, *Arquitectura y desarrollo urbano de Cantabria en el siglo XIX*, Universidad de Cantabria, Santander, 1996, p. 158, que también emplea “casa de vecindad”.

³⁷ Sandoval-Strausz, op. cit., p. 263 y ss.: el autor emplea “apartment building”, probablemente la denominación más extendida en el ámbito anglosajón. No obstante, aunque de uso común, el “apartamento” del gallego y del español de España ofrece el matiz de remitir a un piso “pequeño” (cfr. diccionarios actuales de la RAG y la RAE).

³⁸ J. Hernando Carrasco, “Arquitectura y urbanismo del siglo XIX”, en *Historia del Arte. El mundo contemporáneo* (dir. Juan Antonio Ramírez), Alianza, Madrid, 1997, pp. 4-5: “por vez primera, en esta remodelación, la ciudad burguesa comienza a ser codificada”.

³⁹ L. Benevolo, *Los orígenes del urbanismo moderno*, Hermann Blume, Madrid, 1976, p. 32.

⁴⁰ F. Loyer, *Paris XIXe siècle. L’immeuble et la rue*, Hazan, Paris, 1987, p. 50.

⁴¹ B. Gravagnuolo, *Historia del urbanismo en Europa, 1750-1960*, Akal, Madrid, 1998, pp. 39, 42-44.

⁴² L. Hauteceur, *Histoire de l’architecture classique en France*, A. et J. Picard, Paris, 1957, t. VII, pp. 80, 249-250.

⁴³ Loyer, op. cit., p. 48.

⁴⁴ J. M. Pérouse de Montclos, *L’architecture à la française: du milieu du XVe siècle à la fin du XVIIIe siècle*, 2ª ed., Picard, Paris, 2001, p. 69: frente a la suite de piezas alineadas a la italiana, se define el apartamento francés como “un groupement de pièces de fonctions complémentaires, de dimensions variables et parfois de plans différents”.

⁴⁵ Hitchcock, op. cit., p. 94: entre los más antiguos *immeubles de rapport*, señala ejemplos de la década de 1830; Gravagnuolo, op. cit., p. 43: sitúa su predominio en la segunda mitad del XIX; C. Mignot, *L’Architecture au XIXe siècle*, Editions du Moniteur, Paris, 1983, p. 38, fig. 50: relaciona no obstante la urbanización de Rivoli de Percier y Fontaine con “un type d’immeuble de rapport qui se forme à Paris au cours du XVIIIe siècle”.

⁴⁶ En Madrid, la encontramos entre los ejercicios de la Academia: vid. por ejemplo A. de Vargas, *Casa particular de arrendamiento según los usos de Madrid (...) entre tres medianerías*, prueba de examen para maestro de obras, 1789 (Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, fondo de dibujos arquitectónicos, A-1397, A-1398 y A-1399).

⁴⁷ J. N. L. Durand, *Précis des leçons d’architecture données à l’Ecole Polytechnique*, chez l’auteur et Bernard, Paris, 1805, vol. 2, pp. 82-83 y 96.

⁴⁸ C. Daly, *L’architecture privée au dix-neuvième siècle (sous Napoléon III). Nouvelles maisons de Paris et des environs*, A. Morel, Paris, 1864, t. 1, p. 16.

⁴⁹ Hauteceur, *Histoire...* op. cit., 1953, t. V, p. 227: en las nuevas casas de Rivoli se prohíben los trabajos que requieran de martillo o de horno.

⁵⁰ *Du palais au palace...*, op. cit., pp. 60-61. Véase plano p. 61.

⁵¹ Loyer, op. cit., p. 210.

⁵² *Du palais au palace...*, op. cit., pp. 60-61: el año de traslado se toma de las pp. 62-65; el anterior alquiler (1827-32) es aparentemente para vi-

vienda y mantiene varios espacios para uso del propietario y su familia (p. 64); sobre su aspecto exterior, véanse vistas decimonónicas del hotel reproducidas en las pp. 65 y 69. De hoteles como el Meurice o el Bristol, Hautecoeur (*Histoire...* op. cit., 1957, t. VII, p. 323) dice que “ils étaient divisés en appartements de deux à cinq pièces”.

⁵³ *Du palais au palace...*, op. cit., p. 63: véanse los dibujos de Pugin que representan el hall y un salón del hotel.

⁵⁴ Citado en *ibid.*, p. 67: arrendamiento de Cottreau a Lesieur (1834).

⁵⁵ Pevsner, op. cit., pp. 182 y 191: citando a Williamson, afirma que “the American hotel is to an English hotel what an elephant is to a periwinkle... An American hotel is as roomy as Buckingham Palace...”. Más adelante remacha: “as for the sizes of European hotels, it is worth remembering that even today [1976] hardly any come up to American scale”.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 178: la suite se destina preferentemente a familias y la habitación individual a hombres solos.

⁵⁷ Durand, op. cit., p. 83.

⁵⁸ Citado en *Du palais au palace...*, op. cit., p. 134.

⁵⁹ Hautecoeur, *Histoire...* op. cit., 1953, t. V, p. 227. También *Hôtel des finances du Mont Thabor* (sin firma), Service des archives économiques et financières, Ministère de l'économie, de l'industrie et de l'emploi [consultado el 7-III-2015 en http://www.economie.gouv.fr/files/files/directions_services/caef/Documents/Expositions_virtuelles/ministere_ville/tha.html].

⁶⁰ D. Watkin, “The grand hotel style”, en Ormesson (et al.), op. cit., p. 20.

⁶¹ En 2012, Reino Unido y Noruega son los países de Europa con menor implantación de la vivienda en piso, apenas un 15% del total de residencias, mientras que España y Estonia encabezan la tabla con un 65%. Francia, por su parte, apenas supera el 30% (cfr. Eurostat, “Distribution of population by dwelling type, 2012”, consultado el 7-III-2015 en http://ec.europa.eu/eurostat/statistics-explained/index.php/Housing_statistics).

⁶² D. J. Olsen, *The growth of Victorian London*, Batsford, London, 1976, pp. 114-117.

⁶³ H. P. Clunn, *London rebuilt, 1897-1927*, J. Murray, London, 1927, pp. 272-273: señala las Albert Hall Mansions, de 1881, como los primeros pisos construidos en Londres.

⁶⁴ H. P. Clunn, *The face of London*, Phoenix House, London, 1951, p. 429.

⁶⁵ Olsen, op. cit., 1976, p. 117: “a large proportion of Londoners occupied one or more rooms as lodgings in what had originally been built as single-family houses”; D. J. Olsen, *Town planning in London: the eighteenth & nineteenth centuries*, Yale University Press, New Haven, London, 1982, pp. 108 y ss., esp. 111: se ofrecen algunos detalles sobre el desarrollo de tenements a partir de residencias unifamiliares en el Bedford Estate.

⁶⁶ J. Tallis, *John Tallis's London street views, 1838-1840: together with the revised and enlarged views of 1847* (introduced and with a biographical essay by Peter Jackson), London Topographical Society, London, 2002.

⁶⁷ Recordemos aquí la conocida referencia de Ford (op. cit., p. 21) a los alojamientos españoles de hacia 1840: “... when the best in the country, [the inns] are only indifferent when compared to those to which Englishmen are accustomed at home”.

⁶⁸ Citas tomadas de Olsen, op. cit., 1976, pp. 93 y 95. Véase también P. Boniface, *Hotels & Restaurants: 1830 to the Present Day*, H.M.S.O., London, 1981, introducción, sin paginar.

⁶⁹ Clunn, op. cit., 1951, pp. 195 y 376.

⁷⁰ M. Binney, *The Ritz Hotel, London* (Centenary ed.), Thames & Hudson, London, 2006, p. 150 y ss.

⁷¹ Sandoval-Strausz, op. cit., pp. 263-283; P. Groth, *Living Downtown: The History of Residential Hotels in the United States*, University of California Press, 1999, p. 52.

⁷² Quirós Linares, op. cit., pp. 63-65.

⁷³ García Filgueira, op. cit., p. 16.

⁷⁴ Citado por *ibid.*, pp. 12-13.

⁷⁵ Sazatornil Ruiz, op. cit., p. 175.

⁷⁶ R. Anguita Cantero, *Ordenanza y policía urbana: los orígenes de la reglamentación edificatoria en España (1750-1900)*, Editorial Universitaria de Granada, 1997, pp. 189-192.

⁷⁷ A. Bonet Correa, “Las ciudades españolas del Renacimiento al Barroco”, en *Vivienda y urbanismo en España*, Banco Hipotecario de España, Barcelona, 1982, p. 134.

⁷⁸ El Observador, «Una casa en el barrio de las Platerías», en *Correo literario y mercantil*, nº 48, 31-X-1828; El Curioso Parlante (R. Mesonero Romanos), “Las casas por dentro”, en *Cartas Españolas*, cuaderno 59, 5-VI-1832.

⁷⁹ P. Besas, *Historia y anécdotas de las fondas madrileñas*, La Librería, Madrid, 2009, pp. 89-118.

⁸⁰ V. Lampérez y Romea, *Arquitectura civil española. De los siglos I al XVIII*, Saturnino Calleja, Madrid, 1922, tomo 2, p. 507: frente a las posadas de los caminos, “los alojamientos de lujo de las ciudades estaban en casas particulares, sin ninguna disposición característica”.

⁸¹ J. Hernando Carrasco, *Arquitectura en España 1770-1900*, Cátedra, Madrid, 1989, p. 457.

⁸² Besas, op. cit., pp. 192, 208-209.

⁸³ *Ibid.*, p. 195.

⁸⁴ Véase por ejemplo el caso del balneario de Mondariz según lo expone J. R. Iglesias Veiga, “Os xardins do Balneario histórico de Mondariz a través do tempo”, en *Galucopis* (Boletín IEV), nº 19, 2014, pp. 118, 136-153 y 167.

⁸⁵ Díaz López, op. cit., pp. 38-39.

⁸⁶ J. Adams, *The Adams Papers. Diary & Autobiography of John Adams* (ed. L. H. Butterfield), Atheneum, New York, 1964, vol. 2, pp. 406-407.

⁸⁷ *Ibid.*, pp. 415-419.

⁸⁸ R. Southey, *Letters written during a journey in Spain, and a short residence in Portugal*, Longman, Hurst, Rees and Orme, London, 1808, vol. 1, p. 43 y ss. Indica que Floridablanca ha levantado en Guitiriz una “casa muy buena diseñada para posada” que nadie arrienda.

⁸⁹ Díaz López, op. cit., pp. 29-30.

⁹⁰ G. Borrow, *The Bible in Spain*, J. Murray, London, 1843, vol. 2, pp. 142-144 y 253-254.

⁹¹ Para el caso coruñés, véase la catalogación de Díaz López, op. cit., pp. 175-204.

⁹² Ibid., pp. 41 y 110-111.

⁹³ Archivo Municipal de A Coruña (AMC), obras particulares, C-498-4. J. Á. Sánchez García, *Faustino Domínguez Domínguez y la arquitectura gallega del siglo XIX*, Diputación Provincial, A Coruña, 1997, p. 159: este tipo de obras de sobreelevación se documentan con frecuencia desde mediados del XIX, como ejemplifica el caso del arquitecto F. Domínguez en A Coruña.

⁹⁴ P. A. Areal Alonso, *A Arquitectura dos hoteis de Vigo no cambio de século (1850-1950)*, Xunta de Galicia, Dirección Xeral para o Turismo, Santiago de Compostela, 1998, p. 31.

⁹⁵ Archivo Histórico de la Universidad de Santiago (AHUS), AM1090,

AM1101, AM1128, padrones de habitantes de 1875, 1877 y 1880 respectivamente, para las direcciones Conga 8 y Preguntoiro 33. AM557, fol. 178 y ss.; AM555, fol. 255 y ss.

⁹⁶ *Gaceta de Galicia*, 26-XI-1879, p. 4.

⁹⁷ Díaz López, op. cit., p. 112.

⁹⁸ Ibid., pp. 51-52.

⁹⁹ *Gaceta de Galicia*, 6-VII-1904, p. 3: “el Hotel Suizo, la Vizcaina, Europa y Petit Christián, arrendaron temporalmente domicilios, que destinarán a hospedaje”.

¹⁰⁰ AHUS, AM558, fol. 279 y ss.

¹⁰¹ AHUS, AM559, fols. 263-266, año 1877 (proyecto de A. Bermejo) y AM564, fols. 17-21, año 1882 (proyecto de M. Pereiro).

¹⁰² AHUS, esp. AM558, fols. 117-127, año 1872, y AM589, fols. 107-118, años 1909-10. Véase nota 93.

¹⁰³ Para las alusiones viguesas y coruñesas, véanse Areal Alonso, op. cit y Díaz López, op. cit.

¹⁰⁴ A. Vigo Trasancos (dir.), *Galicia y el siglo XVIII. Planos y dibujos de arquitectura y urbanismo (1701-1800)*, Fundación Barrié, A Coruña, 2011, pp. 780-81, cat. 1199.

¹⁰⁵ J. D. Díaz López, “O Hotel Méndez Núñez de Lugo: memoria arquitectónica dun pioneiro da hotelaría galega”, en *Boletín do Museo Provincial de Lugo*, XV, p. 250 y ss. (en prensa).

¹⁰⁶ J. M. Montaner, citado en Anguita Cantero, op. cit., p. 192.

¹⁰⁷ A. Rosende Valdés, *Compostela 1780-1907: Una aproximación a la ciudad decimonónica*, Teófilo, Consorcio de Santiago, Santiago de Compostela, 2013, p. 217.